

LEONID DOBYCHIN

LA CIUDAD DE N

TRADUCCIÓN DE INÉS GOÑI ALONSO



Título original: *Город Эш*
Primera edición en Nevsky Prospects: 2014
Traducción del texto: Inés Goñi Alonso © 2014
Postfacio: James Womack © 2014
Edición: Editorial Nevsky Prospects © 2014
Imagen de portada: Silvia Grav © 2014
Diseño de portada: Zuri Negrín © 2014

Coordinación: James Womack
Corrección: Fernando Martínez Gimeno



Mikhail
Prokhorov
Fund



transcript

This publication was effected under the auspices of the Mikhail Prokhorov Foundation TRANSCRIPT Programme to Support Translations of Russian Literature.

ISBN: 978-84-941637-3-9
IBIC: FC
Depósito Legal: M-2253-2014
Impresión: Imprenta Kadmos S.L.
Tipografía: Hoefler Text

Nevsky Prospects · edicionesnevsky.com

2014

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 02 19 70 / 932 72 04 47).

Libro impreso en papel procedente de fuentes sostenibles y certificado como papel ecológico.

ÍNDICE

La ciudad de N	9
Postfacio de James Womack	175

LA CIUDAD DE N

I.

EN LA CALLE LLOVIZNABA. LOS DOBLADILLOS DE LAS faldas de *maman* y de Alexandra Lvovna Ley estaban un poco alzados y sujetos, por algunas partes, a unas bandas elásticas con hebillas cosidas al ceñidor. Estos elásticos se llamaban «pajes». Los guijarros de la calzada y los ladrillos de las aceras brillaban mojados. Caían gotas de los paraguas. En los rótulos, indios marrones desnudos con plumas en la cabeza fumaban.

—No los mires —decía *maman*.

De frente se alzaba la cárcel-castillo, con sus cuatro plantas y sus torres. Allí se celebraba la fiesta patronal de Nuestra Señora de los Dolores, y nosotros íbamos a misa. Alexandra Lvovna Ley moralizaba mientras *maman* asentía conmovida.

—No, desde luego —decían— sería difícil encontrar un lugar donde esta fiesta fuera más apropiada que en una cárcel.

Sonándose las narices, una imponente dama con un cuello de piel nos adelantó y, acercándose las lentes a los ojos, nos dirigió una mirada benevolente. Su rostro atezado parecía una ilustración de Chíchikov. Al llegar a las puertas, todas se detuvieron para deshebillarse los pajes, y la dama Chíchikov volvió a mirar en nuestra dirección. De las orejas le colgaban unos pendientes de piedra marrón con motas.

—Qué bella —observó *maman*.

Entramos en la iglesia y nos apelonamos junto al cajón de las velas. Durante la Preparación, las damas farfullaban mientras contaban la calderilla.

El padre Fiódor, ataviado con una túnica dorada con flores azules, nos saludó con la cabeza y dirigió el humo del incienso hacia nosotros. Yo me sentí halagado por tan amable bienvenida. Por detrás del castillo pasaba la vía del ferrocarril y se oían los silbidos del tren. Contemplé a la Virgen en el iconostasio. No era delgada y oscura, sino redondita, y su mantilla se inflaba hermosa por detrás. Me gustó. Los presos nos observaban desde el coro.

—Ponte derecho —me ordenó *maman*.

Se oyó un ruido de pasos y, santiguándose, aparecieron unas colegialas. La profesora las ordenó en filas. Hizo la señal de la cruz y, tras arreglarse la falda por

detrás, volvió la cabeza para vérsela. A continuación, entornó los ojos, nos reconoció e hizo una reverencia.

—*Mademoiselle* Gorshkova —aclaró Alexandra Lvovna, devolviéndole el saludo. La dama Chíchikov nos lanzaba ojeadas furtivas de cuando en cuando.

De repente, el carcelero sacó el facistol y tosió. Todos nos acercamos. El padre Fiódor salió limpiándose las narices con un pañuelo. Se irguió y pronunció un sermón sobre los dolores.

—No debemos huir de ellos —decía—. Dios nos visita a través de ellos. Un santo que no tenía dolores lloraba amargamente: «Dios me ha olvidado», se lamentaba.

—¡Ah, qué gran verdad! —se admiraban las señoras mientras salían por la puerta volviendo a recogerse los pajes. Caía una lluvia ligera. *Mademoiselle* Gorshkova se acercó a nosotros. Alexandra Lvovna Ley nos la presentó. Las colegialas nos rodearon y, ahuyentadas por *mademoiselle* Gorshkova, se alejaron corriendo y de nuevo volvieron dando brincos. Yo me indigné con ellas.

Permanecemos allí varios minutos. Las locomotoras silbaban. El padre Fiódor trepó a su *drozbkí** y, tras palmeaar al cochero en la espalda, partió. Nosotros conversábamos. Alexandra Lvovna Ley gesticulaba y murmuraba con voz de bajo.

—Cierto, cierto —asentía *maman* con el sombrero. *Mademoiselle* Gorshkova se arropó con su boa de plumas, enarcó las cejas y entornó los ojos. Su mirada se posó en

* Carruaje ligero monoplaça o biplaça de cuatro ruedas. (*N. de la T.*)

mí y su rostro delató un pensamiento. Me sentí intranquilo. Al mismo tiempo, la dama Chíchikov llegó al final de la calle, lanzó un último vistazo atrás y desapareció a la vuelta de la esquina.

Tras despedirnos de *mademoiselle* Gorshkova, hablamos de ella, elogiamos su buena educación y, ya en silencio, salimos a la calle principal. Las ruedas rechinaban. Los vendedores nos reclamaban desde los umbrales de sus tiendas invitándonos a entrar.

—Paremos aquí un momento —dijo de repente *maman*, y entramos tras ella a la librería de L. Kusman. La tienda estaba en penumbra y tenía un agradable olor a encuadernaciones y a globos terráqueos. La lánguida L. Kusman nos miró triste con sus ojos apagados.

—Os veo muy poco —comentó con dulzura.

—Deme una Historia Sagrada —pidió *maman*. Todas se volvieron y me observaron.

L. Kusman fijó sus ojos en mí, metió una ilustración en la Historia Sagrada y, tras envolver ágilmente la compra, nos la entregó.

—Un rublo con diez —anunció, y después añadió—: Para ustedes, un rublo.

La ilustración resultó ser de un ángel. Además de estar lacada, en algunas partes tenía relieve. *Maman* la pegó en el empapelado del comedor.

—Para que cuide de que comas como es debido —dijo.

Siempre que me sentaba a comer lo veía. «Qué bonito», pensaba yo con afecto.

2.

MI PADRE SALIÓ A LA OFICINA PÚBLICA EN LA QUE inscriben a los nuevos reclutas. *Maman*, aún sin vestir, vigilaba la limpieza de la casa. Yo tomé un libro y leí sobre cómo Chíchikov llegó a la ciudad de N y gustó a todos. Sobre cómo preparaban las carretelas e iban a donde los terratenientes y qué comían. Sobre cómo Manílov le tomó aprecio y desde su porche soñaba que el zar oía hablar de su amistad y los nombraba generales.

—¿Con qué se entretiene usted? —me preguntó *maman*. Siempre decía eso en lugar de «¿qué lee usted?».

—Llama a Cecilia —dijo—, y sal a pasear.

—¡Cecilia! —grité yo y ella, tan bajita, vino corriendo. Mientras se sacaba el delantal, metió la mano en su cofre llamado *skrynka**. Sonó una música en un castillo y

* Diminutivo dialectal de *skrin* (скрин) «арca, cofre». (N. de la T.)

apareció León XIII, que estaba pegado a la parte interior de la tapa.

Era un día soleado y la calle estaba radiante. Una oveja de chocolate brillaba en la vitrina de la panadería. Los carros traqueteaban. Al conversar, teníamos que gritar para entendernos. Observamos a una dama en la cristallera de una barbería y miramos los artículos religiosos expuestos en el escaparate del comerciante Piotr Mitrofánov. Resonó un desfile. La compañía se fue acercando mientras la orquesta tocaba resplandeciente. El director de orquesta Schmidt movía con majestuosidad la mano enguantada. *Madame* Strauss salió a todo correr de la charcutería con su vestido rojo y lo saludó interminablemente con una sonrisa beata. Arropándose en su pañuelo, L. Kusman se asomó a la puerta.

Se oyó un canto penetrante y apareció un séquito funerario. Un hombre enfundado en una camisa con puntilla llevaba una cruz; el preste católico encabezaba imponente la procesión.

—Allá —dijo Cecilia, devota, mirando al cielo—, reinarán las niñeras y las cocineras, y los señores las servirán. —Yo no me lo creí.

—Aquí parece que hay una callejuela bonita —señaló Cecilia.

Giramos y ante nosotros apareció una iglesia católica. Tenía el tejado rojo y sus muros blanqueaban tras las ramas. Sobre la valla, que se separaba de la calle en un semicírculo, había sentados unos indigentes. Cecilia

aprovechó la ocasión y entramos. La iglesia ya estaba vacía, pero aún permanecía el mal olor de los feligreses. Junto a la puerta había dos mujeres de piedra y una de ellas se parecía a L. Kusman y se arropaba igual que ella. Les rezamos y, ya en paz, deambulamos un poco. Nuestros pasos retumbaban.

—Nuestra fe es la verdadera — se jactó Cecilia cuando salimos. Yo no estaba de acuerdo con ella.

Al otro lado de la calle vi a un niño morenito en una ventana y le di un codazo a Cecilia. Nos detuvimos y nos quedamos mirándolo. De repente el niño bizqueó los ojos, se metió los dedos en las comisuras de la boca y, tirando de ellas hacia abajo, sacó la lengua. Yo exclamé horrorizado. Cecilia me tapó con su mano los ojos.

—Escupe — me ordenó, al tiempo que se santiguaba—. Jesús, María. —Y nos marchamos corriendo.

—Qué niño tan terrible — sentenció mi padre sobre lo sucedido. *Maman* lo miró con enfado. Le gustaba que todo se tomara en serio.

Hacía ya tres días que Alexandra Lvovna Ley no nos visitaba y, en la comida, hablamos de ella. Concluimos que estaría trabajando. Me sirvieron dos raciones de *kisel*^{*} para que recuperara cuanto antes las fuerzas que había perdido por el susto. En la pared frente a mí se encontraba el ángel de L. Kusman. Estaba encima de una nube con una palma. Sobre la cabeza le brillaba una estrella.

* Jalea a la que se ha añadido fécula. (*N. de la T.*)

Vino Pshiborovski, el practicante. Con sus pelos en punta y su bigote espeso, recordaba a una imagen de Nietzsche. Mi padre se levantó, le ordenó que limpiara el instrumental y salió de la habitación.

—A los brazos de Morfeo —dijo Pshiborovski con deferencia, haciendo una reverencia tras él.

—Colóquese aquí —dispuso *maman*, aún sentada a la mesa—. Es mejor no encender una segunda lámpara.

—Por supuesto —respondió Pshiborovski.

Relucieron las diversas pinzas y tijeras.

—Hoy —dijo él mientras limpiaba— he tenido ocasión de ir a la iglesia católica. El sermón ha sido sublime.

Y continuó hablándole sobre nuestro deber de obediencia y de cumplir con nuestras obligaciones.

—Cierto —asintió *maman* con indulgencia y se quedó pensativa—. Pues hay un único Dios —añadió—, tan solo las fes son distintas.

—Exacto —se emocionó Pshiborovski. Estaba radiante.

En estas deliberaciones nos sorprendió Alexandra Lvovna Ley. Nos alegramos, le calentamos la comida y le preguntamos sobre quién había nacido. A las siete me acostaron y cerré los ojos. De repente me vino a la mente el niño terrible. Salté de la cama. Las damas entraron corriendo preocupadas y se sentaron a mi lado hablando en susurros hasta que me dormí.

—No, pero Leikin —oí yo mientras me quedaba dormido—, ¿ha leído la parte en que se pierden en París, contratan a un cochero y le dicen la dirección? —y reían en voz baja.

LA NIEVE CAÍA SOBRE LOS GUIJARROS. TODO SE VOLVIÓ silencioso. A Cecilia la despedimos. Ella despreciaba nuestra religión y esto llegó a oídos de *maman*.

Sonó la música desde el castillo de la *skrynka* y, una vez más, apareció el Papa León con el solideo y la esclavina. Conmovido, decidí despedirme de Cecilia amistosamente y llevarle pan y sal. Salé un trozo de pan y se lo ofrecí, pero ella lo rechazó.

La agente Kagan nos envió una nueva niñera. Era de los *uniatas* y esto gustó a todos.

— Existe incluso una medalla — nos decían los invitados — que conmemora la supresión de la unión.

Llegó la Navidad. *Maman* sonreía y se paseaba contenta.

— Me recuerda a mi infancia — repetía.

Los Beluguin la invitaron a celebrar el Año Nuevo. Peinada extraordinariamente con el pelo ondulado, se miraba erguida en el espejo. La iluminaban dos velas. De pie sobre una silla, yo le ataba los corchetes de la espalda del vestido. Mi padre ya se había puesto la levita. Nos roció con el pulverizador de perfume.

—Tengo el alma radiante —dijo *maman*, acercándose a él y tomándolo de la mano—. ¿Por qué será? Ni que hubiéramos ganado doscientos mil.

Cuando la niñera me hubo desvestido, me quedé pensando en qué haríamos con esa suma. Podríamos comprarnos una carretela y partir a la ciudad de N. Allí nos querrían. Yo trabaría amistad con Temístocles y Alcides Manílov.

La mañana fue agradable. Vinieron a felicitarnos guardas de las oficinas públicas, deshollinadores y bañeros.

—Bien, bien —decíamos, y les dábamos unos rublos.

El cartero trajo un fajo de postales y sobres con tarjetas de visita: orquestas de ángeles tocaban los violines, hombres en fraques y damas con vestidos de cola brindaban y sobre los nombres y patronímicos de nuestros conocidos aparecían impresas las coronas.

Maman, sonriente, se sentó junto a mí.

—Anoche —dijo— conocí a una dama que tiene un hijo llamado Serge. Debéis haceros amigos. Mañana vendrá a visitarnos. —Se levantó, miró el termómetro y me envió a pasear con la niñera.

Olía a nieve. Los cuervos graznaban. Los caballos de los cocheros trotaban sin prisa. Desde los tejados caían gotas.

—Aquel podría ser Serge —comentábamos la niñera y yo sobre los niños que nos gustaban. El gordo Strauss pasó en su carruaje ataviado con un abrigo gris y un pequeño sombrero con una pluma verde. Con una mano conducía y con la otra sujetaba a *madame* Strauss por la cintura. Llamaban de la catedral y todos se dirigieron hacia allí para contemplar el desfile.

Tras hacernos hueco a empujones entre la multitud, encontramos un sitio. Los soldados marchaban. Los agentes de policía, montados sobre sus grandes caballos, apartaban a la gente. Las campanas repicaron. Todos se estremecieron. Los confalones aparecieron inclinados en las puertas y a continuación se enderezaron. Se rezó un *Tē Deum*. El desfile comenzó. Alguien me dio un pescozón. Era un alumno envuelto en un abrigo con botones dorados. Con el rostro alzado, seguía el movimiento de las nubes. Me recordó a nuestro ángel (en el empapelado del comedor) y me sentí conmovido. «Ay, pillín», pensé.

Regresamos a paso militar acompañados del sonido de la música cada vez más inaudible. Nos encontramos con mi padre, que había estado visitando diferentes lugares para felicitar a la gente. Me sentó en el trineo y me llevó. La niñera echó a correr tras nosotros.

Cuando llegamos, había un visitante en el sofá del salón. *Maman*, manteniendo la compostura, lo atendía. Él

volteaba en sus manos el cenicero con la imagen *Dreyfus lee el boletín* y contaba que en San Petersburgo habían aparecido los neumáticos de caucho.

—Vayan —dijo—, y verán cómo los *drozunki* de los cocheros se mueven silenciosamente.

Durante la comida nos lamentamos de que Alexandra Lvovna no estuviera con nosotros. Mandamos a Ps-hiborovski a buscarla, pero resultó que la pobre estaba trabajando.

Por la noche tuvimos invitados y les hablamos de los neumáticos de caucho.

—¡Sí que avanza la ciencia! —se asombraron. Barbudos como sacados de la Historia Sagrada, se sentaron a jugar a las cartas. Mi padre a su lado parecía un jovenzuelo.

—Paso —anunciaban. Uno de ellos no jugaba esa ronda, y *maman* lo entretenía.

—Ayer —decía ella— conocí a la mujer del ingeniero Karmánova. Es una mujer muy agradable. No fue casualidad que, cuando me preparaba para ir a donde los Belugin, estuviera llena de buenos presentimientos. Mañana vendrá a visitarnos.

—Y Serge también —añadí yo.

Por fin llegó la hora de su visita. La campanilla repiqueteó. Yo salí corriendo. La lámpara del recibidor iluminaba la estancia. *Maman* ya exclamaba de alegría. Ante ella sonreían, sonándose las narices y desprendiéndose de las pellizas, la dama Chíchikov y el niño terrible.

EL ÁNGEL DEL COMEDOR LES GUSTÓ. LA MUJER DEL ingeniero lo observó a través de sus quevedos con diligencia y declaró que era extranjero. Yo estaba contento. Ella miraba con benevolencia. Llevaba una chaqueta de terciopelo azul con lentejuelas, un broche que reflejaba *El encuentro del amor* y un cinturón con la hebilla en forma de lira.

—¿Suelen ir a la fortaleza? —preguntó—. Allí los sábados se celebran *acatistas*.

Serge llevaba un traje verde. Me tomó de la mano y, llevándome aparte, me mostró que tenía la cremallera de los pantalones en la parte delantera.

—Como los mayores —dije yo, asombrado. Charlamos un ratito.

—Serge —pregunté, mirándolo de reojo—, ¿fuiste tú

quien una vez me hizo una mueca horrible? —. Él juró que no. Eso significó mucho para mí.

Cuando los invitados se hubieron marchado, mi padre entró a tomar el té. *Maman*, que no cabía en sí de gozo, canturreaba y reía con aire astuto.

—¿Sabes? —comentó—. Hemos acordado leer juntas a Leikin.

Yo también estaba alegre. Los dejé y me retiré silenciosamente al salón. Allí me apacigué junto a la chimenea y oí caer el follaje de los pinos. Una farola iluminaba una rama de abeto a través de la ventana. La lluvia plateada brillaba sobre ella.

—Serge, Serge, ah, Serge... —repetía yo.

Más adelante fuimos a visitarlos *maman* y yo. Nos besamos en el recibidor. La mujer del ingeniero nos presentó a su hija Sophie Samokvásova, que estudiaba en el liceo.

—Mucho gusto —dijo Sophie.

Tomándose mutuamente de la cintura, las damas pasaron a la habitación de la mujer del ingeniero, que se llamaba *boudoir*. Yo estreché la mano de Serge.

—Tú y yo somos como Manílov y Chíchikov.

Él no había leído sobre ellos. Yo le relaté cómo se habían hecho amigos y habían querido vivir juntos y dedicarse a las ciencias. Serge abrió el armario y sacó sus libros. Nos pusimos a examinarlos.

—Este es Don Quijote —me mostró Serge—, era un tonto.

Antes de la hora del té, Sophie Samokvásova bailó para nosotros con un *echarpe*.

—Excelente —decía *maman* mientras aplaudía.

—¿Serge es buen chico? —me preguntó cuando regresábamos.

—Sí, es muy educado —respondí yo.

Esta vez, cuando Alexandra Lvovna entró corriendo en nuestra casa, nosotros la recibimos sin mucho interés. Ella prometió conseguirnos un álbum con muestras de indianas de la fábrica de Sarátov. Nosotros le hablamos de nuestra amistad con los Karmánov.

Al cabo de varios días acudimos con ellos a la bendición del agua. El sol ya calentaba un poco. Nosotros entornábamos los ojos desde el espolón. Por debajo se agitaban los confalones. Destacaban los atuendos de los clérigos. Los abetos se oscurecían. Cuando dispararon los cañones, Sophie Samokvásova apareció corriendo, trayendo consigo al ingeniero Karmánov. Él medía menos que las damas.

—¡Un placer! —exclamó él, haciendo reverencias. Llevaba un gorro de uniforme. En los botones tenía anclas y hachas. Su barba estaba revuelta y parecía que no se la había peinado.

—La ceremonia de la bendición del agua ha sido deliciosa —dijo, y me guiñó un ojo a través de los quevedos. Cuando nos despedíamos, me invitó a la función de las oficinas ferroviarias.

Tras su marcha, nosotros cinco paseamos por el espolón y nos dirigimos a la fortaleza. Se veía su catedral

blanca con las dos torres. Eran tan estrechas que de lejos parecían velas.

— Dicen que antes era una iglesia católica — comentó Sophie Samokvásova.

Las damas, absortas en su conversación sobre temas religiosos, se rezagaron. Yo charlaba con Serge entre risitas. Por nuestro lado pasó a toda prisa sobre el pescante una aristócrata con un soldado. Nos miramos el uno al otro y nos reímos, y Serge me enseñó una cancioncilla:

«*Madame Chorlito*
Solo piensa en modelitos
Qué vestido se pondrá
Mañana para cenar»

Mi padre estaba de viaje aquel día. A la hora de comer, *maman* callaba. Perdida en agradables pensamientos, sonreía de vez en cuando.

— Los días se han vuelto notablemente más largos — dijo.

Se presentó un hombre de los Karmánov. Lo interrogamos y descubrimos que se llamaba Ludwig Chaplinski y que trabajaba en el depósito de trenes. Me llevó con él. Serge y el ingeniero me aguardaban.

Nos dirigimos al teatro en ese mismo coche. La orquesta militar estaba tocando allí bajo la dirección del señor Schmidt. En el abeto había lamparitas de diversos colores. El ingeniero nos informó de que eran eléctricas. Nos transportaron en caballos de juguete y después enviarnos a Chaplinski a que los dejara en casa.

Serge ya estaba ahí. Él lo conocía todo bien. Me llevó al escenario y me contó que la imagen del telón se llamaba *El castillo de Chillon*.

—Escucha —me dijo de repente—, fui yo quien te hizo esa mueca horrible aquella vez.

Más tarde juró que no había sido él.